

Llamó con más fuerza y esperó algunos momentos. Impaciente, penetró en el aposento. Estaba desierto. Se entró en la cámara de Guadalupe.

—¡Ha partido! ¡exclamó lleno de amargura, se la han llevado!.....¡Dios mío, tú me castigas!.....¡acaso no están lejos de aquí.....mi vida entera por esa mujer que es el aliento de mi existencia!

XI.

Salió corriendo á la calle, delirante, encontró á un capitán de su guardia que siempre le acompañaba.

—Drik, le dijo, á caballo al momento, vuela á arrancar á Guadalupe de los brazos del guerrillero; ¡ha partido para siempre, es necesario salvarla!

El capitán echó á andar precipitadamente, montó en su árabe, y acompañado de veinte jinetes, salió á todo escape en pos de Pablo Martínez que ya llevaba una hora de caminar violentamente.

CAPITULO TERCERO.

EL GENERAL EDUARDO FERNANDEZ.

I.

Aquellas chusmas hambrientas y cubiertas de harapos que habían vivido durante cuatro años en la miseria más horrosa.

Aquellos grupos de hombres que no habían pasado un sólo día sin disparar su mosquete, se organizaban en cuerpos de ejército y ya habían alcanzado multitud de victorias en los campos y sierras de Michoacán, mientras que sus compañeros de los otros ángulos de la nación, rehacían sus filas y combatían diariamente al enemigo, común que falto de moral y de aliento, cedía el terreno palmo á palmo en una derrota anticipada.

Porfirio Díaz había burlado su prisión y Oaxaca sintió

extremecerse al escuchar los cascos del caballo de batalla del joven héroe.

La frontera estaba incendiada.

Escobedo y los otros caudillos atacaban las plazas y ponían en conflicto al imperio.

Riva Palacio se armaba, y posesionado de los pueblos de Michoacán, se lanzaba con la velocidad del rayo sobre las ciudades, haciendo presas migníficas de hombres que se tenían como el sostén de la intervención y del imperio.

En el Pacífico, Corona, con Granados, Toledo y Martínez, tenía en jaque á los franceses y amagaba á Lozada, después de una sucesión de triunfos increíbles por la audacia y la pericia militar.

Esto pasaba después que García Morales y Sánchez Ochoa hacían huir desmantelada á la magnífica fragata de guerra "la Cordefiere" en las aguas de Mazatlán.

Tabasco no había visto flotar en sus palacios la bandera de los grifos, y se sostenía heroicamente delante de una escuadrilla sin ceder un sólo momento ni abdicar de su credo republicano.

Jiménez, el virtuoso, el valiente, el modesto general suriano, foco donde convergían la juventud y el patriotismo de los hijos del Estado de Guerrero, luchaba en las inaccesibles montañas de esa zona privilegiada; mientras que Altamirano y otros jefes expedicionaban con éxito en toda la *Tierra Caliente*.

Las guerrillas asediaban la capital del imperio á una legua de distancia, llegando su arrojo hasta el grado de haber esperado bajo los arcos del acueducto á que pasase la carroza de los archiduques para arrebatarlos al trono y llevárselos como una ofrenda al presidente de la República.

Todos aquellos héroes que no pensaron nunca en reconocer al imperio, ni se marcharon fuera del país aterrorizados al choque de las armas francesas, formaban el núcleo de la reacción republicana, que á pesar de tanta derrota y descalabros se anunciaba vencedora en el porvenir.

La rabe de la república llegaba sobre un mar inquieto de sangre á las playas de la victoria.

La diplomacia aun no resolvía la cuestión; pero en México acontecía lo que en el estadio de los griegos, el pueblo conocía á la sola vista de los gladiadores por quien decidiría el triunfo.

Mientras la Francia sostuviera con sus bayonetas el trono, la guerra se prolongaría indefinitivamente.

Luego que ese apoyo faltare, cediendo á su peso de gravedad se derrumbaría entre los escombros de la intervención.

II.

El sucesor de Abraham Lincoln, libre ya de los temores de una guerra intestina, había abierto la cartera de relaciones y resuelto enérgicamente en nombre del pueblo de los Estados Unidos los asuntos de México, sonriendo con desdén al ver en las notas el candor con que el primer hombre de Estado, Napoleón III, había amenazado á la raza anglo-zajona queriendo borrar á los protocolos de la Unión la doctrina Monroe, como había destrozado el Código republicano el 2 de Diciembre de 852.

Los hombres que se habían comprometido en el negocio del imperio comenzaban á levantar el campo, y los especuladores que dos años antes llegaban en parvadas en pos de los millones del empréstito, tornaban á Europa como las golondrinas á los primeros soplos del otoño.

Estas fugas ponían de peor condición los asuntos y desprestigiaban al imperio, haciendo perder la fé aun á los más acérrimos defensores de la monarquía.

La balanza se inclinaba, y ya Paso del Norte comenzaba á verse como la estancia accidental del presidente de la República.

Corrijan muchos rumores acerca del enganche del cuerpo austriaco y la retirada del ejército francés; aunque nada aparecía en los diarios oficiales.

El momento de la crisis se aproximaba, y el imperio y la república se preparaban, como un pilote al ver una nube en el horizonte que pronto debe cernirse en los soplos de la tormenta.

III

El general Eduardo Fernández había sabido que su novia era dama de honor de la emperatriz Carlota.

Eduardo no había dicho una sola palabra, se propuso olvidar á aquella mujer.

Como todo enamorado, levantó castillos en el aire, se le figuraba que la corte de Maximiliano era igual á la de Luis XV, en que el desorden y la corrupción formaban la atmósfera de Vincennes.

Le parecía ver á multitud de caballeros galanteando á la dama y dándose de estocadas por una sonrisa, por una mirada.

Soñaba con las citas en el bosque de Chapultepec y en los jardines de palacio, billetes amorosos y besos en las manos, serenatas y todo ese escándalo de las cortes europeas.

Si hubiese llegado á las puertas del palacio y hubiera visto unos modestos chambelanes atrojados con el uniforme y las condecoraciones, estar sumisos á la orden del ceremonial, sin levantar la voz ni aventurar una palabra, mudos, como los desgraciados guardias palatinos, temiendo incurrir en faltas de sociedad; como cuando una indígena se llega al estudio de un abogado, pareciéndole que va á estrujar las alfombras y permanece confusa en presencia de su patrono.

Si hubiera pasado á las antecámaras de Carlota de Austria, si hubiera desengañado al ver á las damas hablando en secreto sobre la austeridad de la emperatriz, y viéndose por lo bajo con el estropeo que del idioma hacían los soberanos.

La verdad exige confesar; que en los salones jamás hubo una escena indecorosa, por lo menos que llegase el dominio público.

La corte de los archiduques no podía semejarse á las europeas, estaba pobre como la de *Eurique el Doliente*.

IV.

Eduardo estaba en una desesperación horrible.

Mientras más parecía alejarse aquella mujer que era el sueño de su cariño, más acrecía su pasión.

Los celos le devoraban.

Un día recibió carta de Luz, hizo un esfuerzo supremo y la quemó.

Habían pasado algunos meses, cuando uno de sus soldados que había caído prisionero en poder de los imperiales, se le presentó en su alojamiento.

—Mi coronel, le dijo, traigo cartas de México.

Aquel soldado ignoraba el ascenso á general.

Eduardo tomó una carta sellada con lacre negro.

Reconoció la letra de Luz.

Su corazón dió un vuelco terrible.

—Este lacre negro, dijo para sí, será porque ha muerto el señor Fajardo, es un enemigo menos. Puede que Doña Canuta sea la difunta, entonces la ganancia es más grande. Pero yo no debo abrir este sobre, esa mujer me ha humillado, yo necesito arrojar lejos de mí este papel, y sacando la cartera la guardó con gran cuidado.

Aquel capricho de amante, lo salvó por aquel momento de recibir una intensa y terrible pesadumbre.

La carta de Luz decía así:

“Eduardo.:

Con el corazón ahogado en lágrimas te escribo estos renglones.

Has pagado el tributo doloroso que la naturaleza nos impone á los hijos.

Yo me he creído siempre su hija y he cumplido con mis deberes.

La he llorado por tí y por mí.

¡Adiós! si en estos momentos supremos de tribulación, te puede servir de consuelo el recuerdo santo de mi cariño, no olvides que te amo más que nunca.—Luz.”

En el mismo sobre venía una carta escrita en los últimos momentos, por la mano trémula de la madre del guerrillero.

“Hijo mío:

Las aflixiones de que he sido víctima estos cuatro años, han acabado por abrir mi tumba.... ¡ya no me volverás á ver!...

—Dios me ha enviado un ángel que reciba mis últimos suspiros, ese ángel de bondad, es Luz, de cuyo amor no puedes dudar.

Esa pobre niña me ha hablado siempre de tí, alimentando una esperanza que hoy se pierde en mi sepulcro..... mis labios no volverán á posarse sobre tu frente!.....

Voy á decirte mi última palabra.

Si quieres que yo baje tranquila á la tumba, ofréceme que Luz será tu esposa, esta es mi voluntad; es la voluntad de quien te ha dado el sér y te consagra todo su amor en los postreros instantes de su existencia.

¡Adiós, hijo mío..... es bueno, no viertas la sangre de tus semejantes..... desde aquí te bendigo... ..yo.....

La carta estaba interrumpida.

La mano que había trazado aquellos renglones se había paralizado.....

La muerte no permitió á la madre estampar su nombre, donde los labios de su hijo se acercaran con angustia y veneración.

V

El pobre soldado ignoraba su desgracia, no sabía que al llegar á México encontraría su hogar abandonado; ¿quién le devolvería á la madre de su corazón?

Cuando llegase la hora halagadora del triunfo, cuando todos tornaran al seno de sus familias, ¿qué haría el pobre guerrillero solo en el mundo, sin aquella sombra bienhechora que lo había amparado en los dulces años de su niñez y en las tormentas agitadas de su juventud?

Aquella madre abandonada, foco de aflixiones continuas, de dolores sin nombre, era una de tantas víctimas ofrecidas en el sangriento altar de la revolución.

VI.

Eduardo estaba algo tranquilo, acariciando aquella carta, luchando con el deseo inmenso de abrirla.

¡Sercasmo terrible del destino!

Aquella cubierta era una arca en que estaba depositado un mundo de dolor y de lágrimas, y aquel hombre creía que guardaba el cielo de su amor y de sus esperanzas!

—Mi general dijo un ayudante, tenemos dos *altas* en el regimiento.

—Está bien.

—Un anciano que trae dos jóvenes quiere hablar con usted.

—Que pase.

Un hombre como de cincuenta años, extenuado, con la barba crecida, traía á dos jóvenes que desde luego se notaba que eran gemelos.

El parecido era admirable.

Los dos tenían la misma estatura, los ojos negros, la frente despejada, la nariz correcta y un bozo determinado. Aquellos jóvenes interesaron vivamente al general.

—¿Qué se ofrece señores?

—Presento al señor general, dijo el anciano, á estos dos niños que quieren servir en el ejército republicano.

—¿No es usted su padre?

—No señor, me fueron confiados desde su nacimiento, los he cuidado como á mis hijos.

Los jóvenes abrazaron al anciano.

—¿Y qué motiva esta presentación?

—Señor, dijo uno de ellos, mi padre que está presente y que es el único á quien reconocemos, no puede ya trabajar para mantenernos. Las haciendas están abandonadas y no es posible cultivar los campos.

—Además, dijo el otro gemelo, que deseamos servir á la causa de la independencia, hemos creído hacer carrera, tenemos voluntad y deseamos distinguirnos.

—Sobre todo, añadió el primero, devolver á nuestro buen padre los sacrificios que ha hecho por nosotros.

El anciano se puso á llorar.

—No tema usted, buen hombre, dijo Eduardo, declaro mis ayudantes á estos dos muchachos, y os cuidaré mucho y sacaré unos hombres de provecho; vuelva usted á su casa, donde le remitiré la mitad del sueldo.

—¡Todo! gritaron á la vez los gemelos.
 —Los arranques de estos muchachos, pensó Eduardo, se parecen mucho á los de mi querido Pablo Martínez.
 —En la orden del día se dará á reconocer á Juan y Simón Torreños, como ayudantes del general de brigada Eduardo Fernández.

CAPITULO CUARTO.

DOS LOBOS.

I

El teniente coronel Martínez comprendió desde luego que sería seguido con tenacidad por los agentes de Maximiliano, una vez que se supiera la ausencia de Guadalupe.

El guerrillero no se había engañado.

El capitán austriaco y su gente tomaron el camino que les pareció más probable que hubiera elegido Pablo Martínez, mientras éste se dirigió á todo escape rumbo á la ciudad de México, hasta detenerse en San Agustín de las Cuevas.

II

San Agustín Tlálpam es uno de los pueblos más hermosos del Valle de México.

La ciudad está escondida en grupo de peñas y de árboles. Parece un nido entre las ramas de un fresno.

Su paseo del *Calvario* es bellissimo.

Sobre las lomas cubiertas de verdura hay una capillita, y á corta distancia se levantan los magníficos edificios de la fábrica de hilados, como un palacio encantado.

Por las noches se vé todo iluminado y se percibe el ruido del agua sobre la rueda motora, que asegura ser la *segunda del mundo* en sus dimensiones.

La ciudad despide al pasajero que sigue rumbo para México, en una calzada de árboles frondosos que se prolonga un cuarto de legua.

Aquel suelo encantado está cubierto de flores, y atravesado por manantiales purísimos que se saturan en las matas profusas de la zarza.

Allí todo es fresca, aromas, brisas y flores.

Tlálpam es el paraíso del Valle.

La querida del primer emperador, llevó la corte á aquel sitio pintoresco, estableciendo una lujosa *feria*, en cuyos días se daban bailes magníficos y se jugaban al azar cuantiosas.

Desapareció el primer imperio y con él ese boato proverbial.

Queda hoy la caricatura de aquellos tiempos fabulosos.

Las *partidas* donde se ostentaban raudales de oro, quedan sustituidas por garitos inmundos donde se escamotea hasta una miserable suma.

El vicio del juego absorbe la feria, las demás diversiones quedan suprimidas, dejando en pie esa farsa sangrienta y ridícula de la lid de gallos, en cuyo teatro se dejan conocer las notabilidades en la fullería y la estafa.

La autoridad ha levantado aquella carpeta enmohecida, y la ciudad que se alimentaba con el oro de la *feria*, amenaza ruina.

Si un día vuelve la vista hacia las fábricas que viven de sus aguas, encontrará en el trabajo una reconstrucción.

III.

San Agustín abrigó á los guerrilleros de la revolución reformista.

Aureliano Rivera tomó en esa ciudad su nombre y su prestigio, como otros héroes en la época de la *insurrección*.

En el tiempo á que se refieren estos apuntes, Tlálpam presentaba un aspecto sombrío.

Todas las jóvenes que como aves del verano dirigían su vuelo á sus floridos campos y á sus bosques frondosos, se habían alejado al turbarse la dureza de la atmósfera, con el humo de la pólvora y el vapor de la sangre.

Tres prefectos habían sido asesinados.

Varias versiones corrían sobre estos asesinatos, creyéndose por algunos que todo había sido accidental y ajeado á la política.

El hecho es que tres autoridades habían pasado á mejor vida en un interregno demasiado corto, y que Tlálpam era la capilla de los procónsules del imperio.

